

# DE SANTANDER A SANTANDER

CARTAS DESDE EL PELOTÓN

Peter Winnen



Libros de Ruta

© Peter Winnen, del texto original 2000.

Publicado originalmente bajo el título *Van Santander naar Santander* por Thomas Rap, Amsterdam.

© Libros de Ruta Ediciones, S.L., 2022.

Gordoniz 47B

48012 Bilbao

info@librosderuta.com

www.librosderuta.com

**Primera edición:** marzo 2022

**Autor:** Peter Winnen

**Traductora:** Isabel Pérez van Kappel

**Edición:** Eneko Garate Iturralde

**Fotos de portada e interior:** CorVos

**Diseño portada y maquetación:** Amagoia Rekeró García

ISBN: 978-84-123244-0-2

Depósito legal: BI-852-2021

Impreso en España por Leitzaran Grafikak

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

**CON LA VERSIÓN IMPRESA, GRATIS VERSIÓN DIGITAL DEL LIBRO.**

Si ha comprado este libro y quiere disponer también del mismo en formato digital, escriba su nombre y apellidos en la primera página con bolígrafo o rotulador. Saque luego una foto de dicha página y envíela a [info@librosderuta.com](mailto:info@librosderuta.com). Una vez recibamos su email con la foto, le enviaremos la versión digital del libro a su dirección de correo electrónico.

Esta obra ha recibido una ayuda a la edición del Ministerio de Cultura y Deporte, así como del Departamento de Cultura y Política Lingüística del Gobierno Vasco en su convocatoria de ayudas a la edición promovidas en el año 2021. La traducción ha sido posible gracias a la ayuda económica recibida de Nederlands Letterenfonds - Dutch Foundation for Literature.

**N**ederlands  
letterenfonds  
dutch foundation  
for literature



DIRECCIÓN GENERAL DEL LIBRO  
Y FOMENTO DE LA LECTURA



Santander, a 7 de agosto de 1978

Querido Hans:

Llegamos hacia las diez de la mañana a Santander. Vamos camino de casa. Ha sido hermoso. No tenemos más remedio, porque nos hemos quedado sin dinero. En un par de horas cogeremos el tren hacia la frontera franco-española; esperemos que allí haya algún enlace hacia Burdeos.

Nena está tumbada en la arena, apoyada contra la mochila, hecha polvo. Yo me he metido en el Atlántico buscando alivio para la resaca. Me he dejado llevar con indolencia por las olas, hasta que un trago de agua salada que me entró de súbito en la boca echó a perder el remedio. En unos días la tendrás de vuelta, a tu Nena. La he cuidado y he sido muy atento con ella, tal y como me encomendaste. Ya sabes que soy un hombre de palabra.

Pero, ¿dónde nos habíamos quedado? En el interior de Portugal, en São Pedro de Alva, en el jardín del médico del pueblo, o en lo que allí pasó. Un jardín que se transformaba, sin solución de continuidad, en monte virgen. Siguiendo el consejo de nuestro anfitrión, allí no nos arriesgamos a adentrarnos, por las serpientes venenosas y demás alimañas. Un buen tipo, el doctor. Nos dejó acampar, así, sin más, en su terreno.

El informe detallado sobre estos parajes te llegará en breve.

Lucía, la mujer del médico, nos dio ayer un susto de muerte. Nos incorporamos inmediatamente cuando su grito histérico resonó de madrugada: «*Le père est mort, le père est mort!*». Preso del pánico, abrí la tienda y salí corriendo en calzoncillos hacia la casa. Lucía estaba en la terraza, con los hombros vencidos y las manos cruzadas sobre el pecho. «*Le père est mort* —gimió una vez más—. *Le pape!*».

Gracias a Dios, su corpulento marido había salido indemne de la francachela de la víspera.

Nos habían invitado a una cena en familia. Toda la tarde resonaron ruidos excitantes desde la cocina. No nos faltó absolutamente de nada. Uno tras otro, nos fueron presentando platos sus-

tanciosos. El buenazo del médico no dejaba de escanciarnos su mejor oporto. Lo único con lo que no pude fue con esos órganos alargados que flotaban en la sopa.

Durante el desayuno —la familia había vuelto a invitarnos a acompañarla— el médico nos convidó a una copa de despedida en el bar. Sus ojos rebosaban salud. Hubo lleno total, porque el autobús de Coímbra llevaba un retraso considerable: el doctor hizo pasar tanto al conductor como a los pasajeros. No se quedaron por casualidad frente a los manjares que se les ofrecía reiteradamente. Eran ya alrededor de las dos cuando nos encontramos, hombro contra hombro, en el inhóspito trayecto en dirección a la ciudad, afligidos por tener que dejar atrás nuestra existencia esplendorosa en São Pedro de Alva.

Aquí, en la playa, reflexiono sobre los últimos meses. La entrega del título de maestro plenamente cualificado, las fiestas que siguieron a los exámenes: ese pulular y deambular orgásmico de cober­tizo en garaje, de invernadero a tienda de campaña; el vagabundeo por el sur, la naturaleza, la cultura, el desánimo y la euforia; y el hartazgo. Has podido seguir el rastro de todo esto.

A cierta distancia de la costa se mece una genuina flotilla de pescadores. Y un poco más lejos, un barco cisterna. ¿A dónde irá?

En la estación de Coímbra el viaje en tren no se presentaba nada halagüeño. Una horda de viajeros y una enorme montaña de maletas, bolsos y petates llenaban el andén. El tren no era más que un punto en la lejanía cuando empezó la agitación. Nosotros decidimos no movernos: todavía faltaba más de un cuarto de hora para la salida. La estrategia trajo su recompensa: engancharon más vagones. Una quejumbrosa locomotora los iba acercando lentamente. Nos subimos al primero que vimos y nos encontramos con un irlandés acostado en un compartimento con puertas correderas y, por lo demás, vacío. En pocos minutos nos enteramos de toda su vida: era albañil y, cuando no estaba de viaje, se alojaba con unos amigos en Eindhoven. Hacia allí se dirigía. Él también se había quedado sin dinero.

Nos instalamos y el tren se puso en marcha. Yo contemplaba en silencio el duro verano de este acogedor país. El irlandés, que seguía acostado, hablaba del cómo y del porqué de las cosas.

En Oporto se nos sumó Luis. Venía escoltado por una efusiva y apasionada compañía. Me asombró la cantidad de equipaje que traía y que una suma de fuerzas alzó hasta el compartimento a través de la ventanilla. Luis resultó ser franco y generoso. Insistió en que compartiésemos su cena con él. No era una oferta inoportuna y, antes de darnos cuenta, estábamos brindando amistosamente, compartiendo pan, cortando jamón y queso, pelando una cebolla. Todo salía de las bolsas de supermercado abarrotadas con las que Luis había cargado y de las que asomaban cuellos de botella.

En Vigo Luis se bajó del tren, nervioso. Volvió jadeante, de nuevo con una bolsa llena a rebosar. A través del fino plástico se adivinaban las panzas familiares de las botellas de cerveza.

Cayó la noche, pero no para nosotros. Por la ventanilla bajada se colaba un aire tibio. Luis iba sentado en el transportín. El irlandés hacía de intérprete. Luis se dirigía hacia su lugar de trabajo, en España, una lonja de pescado maravillosamente grande, según sus palabras. Durante el fin de semana volvía con su familia. Unos decenios atrás una guerra había causado estragos. De los once hijos solo quedaban vivos una hermana y tres de sus hermanos. Entretanto, el irlandés se había encargado de abrir las botellas. Luis nos enseñó fotografías de sus hijos, de su mujer, de su casa. Luis en el jardín; Luis con un perro; Luis, con barba, en motocicleta; Luis, enamorado, bailando.

La siguiente estación estaba desierta; quedaron descartadas nuevas provisiones. Nena se había amodorrado. Yo también me disculpé, por pura necesidad. Trepé con dificultad a un portaequipajes para ir a dormir. Luis siguió mi ejemplo, pero el irlandés permaneció en su lugar, estoico, como una esfinge.

Cuando me desperté, era ya de día. El tren estaba parado y Luis se había marchado. El irlandés seguía igual, con los ojos veteados de rojo.

—*Luis at work* —fue todo lo que dijo.

Bajé, ansioso por encontrar agua mineral; cuando volví al compartimento, me estremeció el hedor que me asaltó a la cara. Era peor que un estercolero: sudor de pies, gases intestinales, ajo, cerveza agria, moho, vino. Seguro que yo había contribuido con mi granito de arena.

Aparte de la resaca, hay algo más que me preocupa. Llevo una semana abatido por la inquietud y la insatisfacción. Empezó en Lisboa, y ahora sé de qué se trata: echo de menos el esfuerzo. Echo de menos mi bicicleta de carreras, echo de menos el viento en contra, echo de menos el tono de los músculos, el goteo del sudor por las aletas de la nariz, la mágica turbulencia en la boca del estómago.

Nena había ido una vez más a la ciudad, pero yo preferí echarme una siesta en el parque, a la sombra. El berreo penetrante de una voz de hombre amplificadas electrónicamente, algo que me sonaba familiar, me sacó del sueño. Me orienté por el sonido, crucé el parque y me encontré de repente en medio del ritual de salida de una carrera ciclista. Los corredores iban tranquilamente de abajo arriba o se apoyaban despreocupadamente en las barreras. Los directores de equipo también se apoyaban, con una pose indiferente, en el capó de los vehículos de acompañamiento y charlaban con los espectadores. Un mecánico instalaba un cambio.

Estaba embobado con el material de los corredores: ¡elementos de Campagnolo, tubos de color ocre amarillo y sillines de piel negra que brillaban por la grasa de los culotes! Fue una sacudida. Imaginé el circuito que iban a recorrer: un inicio lento a través de un paisaje achicharrado, un par de pequeños cerros y la llegada en alto, en un peñón pelado de primera categoría.

Desde entonces no he dejado de fantasear. Cada cuesta de la carretera me parecía apropiada para un arranque, en los amplios bulevares se pugnaba en esprints masivos, en cada curva buscaba y encontraba el trazado ideal. Me convertí en un tiramillas sin igual, aunque amputado. ¿Cuánto tiempo hace que no corro? Creo que desde finales de septiembre del año pasado. Desde entonces no he

vuelto a montar. Una mala organización del estudio, otro fuego que debía apagar. Bueno, tú ya sabes cómo fue todo. De hecho, ya no pienso en realidad en correr.

El océano hincha las espaldas y brama en la playa. No hay horizonte. Solo cuando el sol halla un punto débil en el manto de nubes aparece una leve línea plateada. Las gaviotas tan pronto son blancas como negras. Si miro fijamente a lo lejos demasiado tiempo siento que se me inflama la cabeza y se me expande el abdomen. ¡Santander, Santander! Mi corazón rebosa de felicidad. Pero, detrás de mí, muy tierra adentro, esta mañana tuvo lugar otro espectáculo. Observaba, desde el tren, la silueta de la sierra. Era azul, y marrón, y me llamaba. Vi un grupo de ciclistas en cabeza que tomaba las curvas de herradura. Los helicópteros los sobrevolaban a poca distancia. Parecía que se desplazaban en una nube por el polvo que revoloteaba. Un público incontenible no dejaba más que un estrecho sendero. Alguien aflojó. No yo. En esa visión muda yo tenía una fuerza, una agilidad y una determinación inimaginables.

Nos tenemos que ir. Nena me hace gestos de que es hora. Lo primero que haré en cuanto llegue a casa será quitarle el polvo a mi bicicleta de carreras. Después me pondré el culote a toda velocidad. ¿Qué se sentía al subir hacia tus pelotas la piel de la badana fría y engrasada?

Te veo pronto.

Peter.

★★★

IJsselsteyn, a 20 de agosto de 1978

Querido Hans:

El asesor de la oficina de empleo me miró con aire pesimista cuando le entregué mi título de maestro.

—De estos tengo un centenar en la bandeja —suspiró, escuriéndose un poco más hacia abajo.

Yo no exigía un empleo *ipso facto*; lo que sí quería era tener el certificado de inscripción, que necesitaba para solicitar una prescripción: estaba sin blanca. A los diez minutos estaba ya fuera de la oficina.

Habían introducido mis datos en un archivo de sustitutos en caso de enfermedad y permisos. No podían hacer más por mí.

Estoy cada día más en forma. Entreno todos los días como un poseso, e incluso he terminado ya una carrera. Una carrerita modesta, es cierto, sobre una superficie ovalada de asfalto muy resbaladizo (un circuito de carreras de coches, en realidad). Esprinté como un loco para las primas y gané algunas. No mucho dinero, solo unos florines, pero algo es algo. No me reconocerías. Cuando me siento en el sillín mi ambición bulle como una erupción inminente. Un instinto reprimido parece despertar. Yo solo dejo que asome. ¡Lástima que la temporada ciclista esté terminando!

He descartado del todo la idea del servicio social sustitutorio. No se me ocurre ningún motivo que pudiese ser admitido en la solicitud. El pacifismo no me dice nada, me parece demasiado inconsistente. Una falsa esperanza, eso es todo lo que veo en él. Lo mío tampoco es una oposición por motivos religiosos; lo de negarme a matar, sí, y eso podría ser un desastre en una confrontación real. ¿Pero no consiste, acaso, el equilibrio armamentístico de hoy en día, en la posesión de bombas? No resuelve nada. Con todo, me costaría más tiempo y molestias pensar en un motivo. El 10 de enero me presentaré en el cuartel Jan van Schaffelaars en Ermelo. Así, por lo menos, tengo alguna certidumbre, a pesar de que mi aversión aumenta por minutos.

Una cosa más: ¿sabes cuánto tiempo aguanta un pez rojo sin alimento? Cuando volví a casa del viaje me encontré en la mesa de mi dormitorio el tarro de cristal. En el fondo había cuatro centímetros, más o menos, de agua negra y fangosa. Algo se movía allí: el pez rojo, el último para el cual no había encontrado dueño. Me partió el alma. Había olvidado dejar instrucciones para su alimentación y para el cambio del agua. Nadie había entrado en mi habitación. Ahora vuelve a nadar en círculos y da bocados agradecidos a los palitos de comida para peces que echo una vez al día en el agua.



Ya no me voy a deshacer de este ejemplar. Me lo quedo como mascota, como camarada y como símbolo. Considero su supervivencia como un auspicio favorable: después de la turbidez, la claridad.

Lo de la prestación era un trámite. No recibo más que impresos con información y una hoja de servicio que debo rellenar personalmente y devolver cada semana, como justificación de un posible ingreso. Ya va siendo hora de que ellos me giren algún ingreso, porque estoy prácticamente sin tubulares.

El viernes iré a vuestra actuación. E iré en bicicleta. Cuando terminéis, podemos hablar un rato, pero te advierto desde ya que no bebo demasiado. ¿Tienes algún trabajo en perspectiva, o piensas seguir así?

El reencuentro con la «dama» fue tenso.

—¿Qué diablos te pasa? —exclamó—. ¡No te reconozco con ese atuendo deportivo!

—Es importante —contesté yo—. Es importante, así llegaremos tú y yo a alguna parte. No me dejes.

Me pasó el porro que acababa de preparar con toda rapidez. Lo cogí, aspiré un poco del cilindro ardiente y se lo devolví.

—Primero tengo que dejar esta mierda —dije—. Y voy a empezar ahora mismo. No aguanto más esta peste, no aguanto más ni el vodka ni la cocaína. Estoy madurando, ¿sabes? ¡Estoy madurando!

Me agarró la cara y la acercó mucho hacia sí. Mis labios descollaban como un pico. Besó el pico.

—Bobo —dijo. Sus iris eran de color amarillo ocre.

—Voy a intentar verte lo menos posible una temporada —le contesté—. Quiero dejarlo, he cambiado.

No se creyó ni una palabra.

—Entonces tienes que dejar de llamarme «dama».

Después follamos. Estaba tan guapa como siempre.

Yo estaba seguro de que la iba a seguir viendo a menudo. Trabaja en la biblioteca, y tengo que pasar por allí para que me sellen los libros.

Peter.

Ermelo, a 12 de enero de 1979

Querido Hans:

Ya es irreversible: estoy en el ejército. Desde hace tres días. No he podido escribirte antes, porque aquí lo tienen a uno bastante ocupado. Relativamente, claro, porque la mayor parte del tiempo se pierde en esperas y en estar dando vueltas. Hasta la próxima orden, tal y como había predicho Karel. En aquella época nos tomábamos con mucha hilaridad sus experiencias, pero ahora que para mí son de amarga importancia, estoy maravillado de lo detallado de sus historias. Tanto que apenas si necesito exponerte nada más sobre la vida en el cuartel. Todo es como él lo contaba, es como si viviera en una plantilla.

La recepción fue amistosa, tal y como nos advirtió Karel. Pero apenas acabábamos de entrar cuando el anuncio cayó sobre mí con todo su peso: desde ese momento nos encontrábamos bajo la disciplina de las fuerzas armadas. Sentí como si me hubiesen desgajado de súbito de la realidad.

Esta mañana, según lo previsto, me he presentado ante el SM (Servicio Médico, aquí lo abrevian todo). Me aferro al éxito de la historia de K.:

—Fingir añoranza, no comer y, sobre todo, no llamar la atención. Y a las dos semanas llega.

Para mi asombro, recibí enseguida una derivación al SP (Servicio de Psiquiatría). ¿Tienen en cuenta un número previamente calculado de abandonos? ¿Separan a propósito el grano de la paja para evitar el peligro de contagio? ¿O me espera una sanción?

Te mantendré al día de mis progresos.

Peter.

Ermelo, a 19 de enero de 1979

Querido Hans:

En la explanada, durante el recuento, es obligatorio llevar la gorra de operaciones. No te imagines nada extraordinario. Se trata nada más que de una estúpida boina. En cuanto te la colocas en la cabeza, se te pone cara de analfabeto.

Si mi última carta tenía todavía un tono optimista, esta será toda repugnancia y desesperación. La vida aquí me deja totalmente paralizado. No puede ser verdad, es imposible, no es verdad. ¿Sabes lo que es bruñir? ¿Sabes por qué tienes que cavar un hueco de la altura del codo debajo de la posición de tiro? ¿Sabes por qué las insignias tienen que relucir? ¿Por qué la máscara antigás no puede contener ni un grano de arena? ¿Por qué en tiempos de guerra no puedes recoger una rama ni levantar la tapa del inodoro? Pues yo sí. Viene todo en el *Manual del Soldado*.

Hoy he vuelto a recibir una información desagradable. Parece ser que aquí me están preparando para ser suboficial y mandarme luego al Líbano. Por muy digna que sea la misión, no estoy dispuesto a dejarme matar. Eso se lo dejo con mucho gusto a los elegidos. ¿Acaso se espera también de mí que me convierta en alguien como el matón ese del sargento que no para de darme la tabarra? ¿En ese engendro completamente trastornado (cuello corto y ancho, rubicundo), mísero en experiencias e idiota en sus percepciones? Muchas gracias. Me doy de baja de la patria. Y abogo por un ejército profesional.

La visita al SP ha sido decepcionante. No me venían las palabras a la boca. Y me salí de mi papel. Ya no sabía si estaba simulando o no.

—No puedo declararlo inútil para el servicio así, sin más.

Me preguntó primero por mi infancia. Sobre eso no tenía mucho que contar. Que hasta los cinco años me daban miedo las vacas y los perros. Y las tormentas. Y que, aparte de eso, no veía nada más que un jardín con dalias (y abejas) y un arenero. Y la luz del sol, casi líquida.

Tengo que salir de aquí, eso está claro. Durante los recuentos en la explanada central solo tengo ojos para la puerta del cuartel. ¿Qué pasaría si cogiese mi bolsa y me fuese por debajo del arco con ademán impasible? El patio de los recuentos resulta desolador y repulsivo, todos los días, bajo ese cielo gris y lluvioso, con montones de nieve sucia en los rincones. De noche hiela bastante. En el interior, la vida va entrando en el redil. Después de un periodo de observación curiosa y de confusa adaptación, la gente se entrega dócilmente a la disciplina militar.

«Pues no se está tan mal aquí». Por supuesto, están el líder natural, el bromista, los que se ríen de las bromas, y luego están los parias. No busco contacto ninguno, salvo con un chico de Arnhem, casado y padre de dos niños, que tampoco comprende lo que pasa por aquí.

Si tienes algún consejo, escríbeme.

P.

\*\*\*

Ermelo, a 2 de febrero de 1979

Querido Hans:

Gracias por la larga carta que me has mandado. Aprecio un montón que hayas consultado con Karel. Que te hablara de «un giro favorable, permanecer tranquilo y seguir tu corazón» es típico de su inclinación al optimismo. Me ha consolado mucho durante mis últimos días en prisión. ¡Sí, los últimos días! ¡El recluta Winnen, con número de registro 570905576 se va dentro de poco con un permiso especial!

De repente, fue todo rápido. Casi no me lo puedo creer, y tampoco es que esté eufórico. Acabo de volver de La Haya, donde tenía que comparecer ante el SCP (Servicio Central de Psiquiatría). Iba preparado para un interrogatorio intenso, pero me sorprendieron declarándome inútil al instante. Sin levantar la vista de sus papeles, el hombre me informó secamente que no veía razón

alguna para rechazar el dictamen del SP. Después me preguntó si sabía qué quería decir y cuáles eran las consecuencias del S5. Claro que lo sabía. Eso sí que lo había estudiado detenidamente, profundizando en la investigación.

Mi amigo de Arnhem me acaba de felicitar, de corazón. Opina que el incidente con el arma ha sido definitivo. Durante una instrucción con armamento, a mediados de la semana pasada, apunté al sargento con el cañón del fusil —aburrido de estar una y otra vez desmontando, limpiando y volviendo a montar ese plúmbeo e inmanejable FAL— y grité algo así como: «¡Manos arriba, Hoss!».

Ahora me doy cuenta de que puedo decir que he tenido suerte de que esto haya ocurrido en el periodo en el que no hay sanciones.

El chico de Arnhem ha decidido quedarse. El ejército le parece, de momento, mejor alternativa que el paro. Lo comprendo, pero lo siento por él. La última conversación con el SP, al final de la semana pasada, fue sincera. Jugué limpio. Por la mañana, sobre las diez, volví a pedalear, sin ganas, hasta Harderwijk, en una bicicleta verde caquí con franjas roja, blanca y azul y un número de registro en el guardabarros trasero. Durante el recorrido adelanté o me crucé con unos cuantos pelotones que marchaban fuerte. No conseguí disfrutar realmente de mis escasas horas de relativa libertad. Las palabras del SP sonaban esperanzadoras, tenía la intención de mandar un informe negativo, formulado con contundencia, por lo que veo. No le he contado nada de la pasión deportiva que arde en mi interior, por miedo a que considere que soy un simulador.

En el viaje de ida fui en una especie de trenecillo, con vagones anticuados llenos de excursionistas. Mi estado de ánimo era excelente, por no decir eufórico. Rodábamos por un paisaje invernal. Me fijaba sobre todo en los bordes nítidos y fluidos de las dunas formadas por el revoloteo de la nieve y en los surcos profundos y proporcionados de las acequias. Hacía un tiempo radiante. Me dolían los ojos por la intensidad de la luz. En algún lugar entre Utrecht y Gouda me encontré de repente, como un explorador polar, en un mundo indómito y blanco.